

La memoria, ¿tiene una historia?*

Kurt Danziger

Todas las sociedades humanas recuerdan a sus ancestros, pero lo hacen de diversas maneras. Donde no hay escritura, la memoria de los antepasados es evocada a través de reminiscencias compartidas, recordatorios o ceremonias, pero nunca relejendo sus cartas u obituarios. En algunos lugares, los ancestros son invocados a partir del uso de máscaras, a través de la imitación de sus gestos y poniéndose en trance¹. Nosotros recordamos a nuestros difuntos cuando visitamos el cementerio. Pero la visita al cementerio, tal como la conocemos, es esencialmente una innovación decimonónica². Las prácticas de la memoria cambian a través del tiempo. El rol de los monumentos y las procesiones, por ejemplo, varió históricamente, no sólo en la conmemoración de los propios ancestros inmediatos sino también en la manera en que se moviliza la memoria colectiva de las sociedades³.

Los cambios históricos en las prácticas sociales del recuerdo no se limitan a la memoria ancestral. En los pueblos no-alfabetizados, las reglas y regulaciones no pueden ser evocadas a partir de documentos escritos, aunque la consulta a los ancianos es común. Puede haber incluso especialistas en memoria cuyos servicios pueden ser requeridos aún luego de la introducción de la escritura. En la Antigua Grecia estaba la figura del *mnemon*, una persona cuyo trabajo era recordar cuestiones religiosas o legales relevantes para la toma de decisiones y la jurisprudencia⁴. Se sabe que los políticos y juristas romanos poseían *graeculi*, “pequeños griegos”, esclavos con formación intelectual que eran requeridos para memorizar información social y técnica para que pudieran asistir a sus amos en las sesiones de los tribunales y en eventos políticos y sociales⁵. Con la acumulación de archivos escritos, la función esencial de estos esclavos pasó a ser de archivistas y bibliotecarios. Pero este proceso llevó varios siglos y, en la Edad Media, los testimonios orales en los tribunales aún gozaban de mayor confiabilidad que la evidencia documental⁶.

La memoria individual como un problema histórico

Que las prácticas e instituciones de la memoria social están incrustadas históricamente [historically embedded] no es un asunto abierto a duda. Si esto tiene serias implicancias para la comprensión de la memoria individual, esa es una cuestión mucho más intrincada. La literatura de la psicología moderna sostiene que la historia no tiene relevancia en el estudio de los procesos de la memoria individual. Dentro de este campo, la ausencia de relación entre la historia y la psicología de la memoria parece darse por sentado, porque prácticamente no hay estudios psicológicos que al menos planteen esta cuestión. Se suelen resaltar las bases neurofisiológicas de los procesos de la memoria, pero sus bases sociales en raras ocasiones.

* Fuente: Danziger, K. (2008). Does memory have a history? En *Marking the Mind. A History of Memory* (pp. 1-23). New York: Cambridge University Press. Traducción: Hernán Scholten y Sebastián Matías Benítez. Cát. I de Historia de la Psicología. Facultad de Psicología, UBA, 2012.

¹ P. Connerton, *How societies remember* (New York: Cambridge University Press, 1989), p. 68

² P. Ariès, *The hour of our death* (New York: Alfred A. Knopf, 1981). [Ariès, P. (2011). *El hombre ante la muerte*. Buenos Aires: Taurus]

³ E. Hobsbawm & T. Ranger, *The invention of tradition* (Cambridge: Cambridge University Press, 1983)

⁴ J. Le Goff, *History and memory* (New York: Columbia University Press, 1992) [Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria*. Madrid: Paidós Ibérica].

⁵ W. Schönplflug and K. B. Esser, “Memory and graeculi: Metamemory and control in extended memory systems”, en C. A. Weaver, S. Mannes and C. R. Fletcher (eds.), *Discourse comprehension: Essays in honor of Walter Kintsch* (Hillsdale, NJ: Erlbaum, 1995), pp. 245-55.

⁶ M. T. Clanchy, *From memory to written record: England, 1066-1307* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1979).

Pero el reconocimiento de la base neurofisiológica, y por tanto biológica, de los procesos de la memoria humana debe llevar a la conclusión de que estos procesos deben tener un desarrollo histórico determinado. La evolución biológica de la fisiología del cerebro humano no puede sólo tener en cuenta los tipos de habilidades mnemónicas que los individuos modernos emplean cotidianamente: “La memoria humana no es una adaptación para recordar números telefónicos, aunque realice esta función bastante bien, ni es una adaptación para aprender a conducir un automóvil, aunque también maneje con eficacia este problema bastante diferente.”⁷

Cualquier actividad que involucre la lectura depende de procesos mnemónicos que pueden no haber existido *en esa forma* antes de la invención de la escritura, un desarrollo comparativamente reciente en la historia humana. Por cierto que la *posibilidad* de tal desarrollo puede ser considerada como latente en el equipamiento biológico de la especie *homo sapiens*, pero sigue dejando abierto el interrogante sobre el modo en que este equipamiento se adaptó para servir a las tareas memorísticas que rutinariamente realizan los individuos alfabetizados. No puede tratarse de una adaptación biológica ya que la escala temporal es demasiado corta. Aquí se trata de desarrollos que tienen lugar en el tiempo histórico-social, contabilizable tal vez en siglos más que en los millones de años del tiempo biológico. No podemos esperar explicar cómo logramos las habilidades cognitivas que tenemos cortocircuitando el desarrollo social y cultural humano.⁸

Tal cortocircuito a veces tomó la forma de la consideración del cambio histórico como una mera continuación de la evolución biológica, explicándolo por los mismos principios. Por ejemplo, en el curso de la evolución biológica, un rasgo originalmente seleccionado para un tipo de adaptación llega eventualmente a servir para una función distinta. Las plumas pueden haber servido a la regulación térmica mucho antes de que fueran usadas para volar. El término darwiniano era “preadaptación”, cuyas connotaciones teleológicas se espera evitar con el más reciente neologismo “exaptación”⁹. Sin embargo, aplicar este principio a la evolución social de la memoria humana a lo mejor pueda dar un lugar a la exposición del problema mientras se desvía la atención de la dirección en la que debe buscarse la solución. La creciente complejidad de la sociedad humana y los vastos progresos tecnológicos han multiplicado ampliamente las funciones a las que la memoria debe servir. De esto se desprende que, sin importar qué aspectos de la memoria fueron seleccionados en el curso de la evolución humana, llegaron a servir a una gran cantidad de nuevas funciones en el curso de la historia humana. Pero esto no es más que afirmar lo obvio: la cuestión de la que debemos ocuparnos ahora concierne al curso de este cambio funcional, un curso que tiene lugar en el tiempo socio-histórico, no el tiempo biológico. Para una mejor comprensión de este proceso debemos recurrir a conceptos y categorías que sean adecuadas para el cambio socio-histórico – “preadaptación” y sus variantes no lo son.

Las especulaciones teóricas sobre la evolución de las capacidades cognitivas humanas no han arrojado mucha luz sobre el desarrollo de la memoria humana en el tiempo histórico. Esto se debe a que estaban enfocadas en la evolución de los proto-humanos a seres humanos, y en el funcionamiento humano durante la etapa de cazadores-recolectores. Se dirigió muy poca atención a los enormes cambios cognitivos, sobre todo en la memoria humana, que se produjeron con el advenimiento de los asentamientos permanentes y la alfabetización.

⁷ D. F. Sherry, and D. L. Schacter, “The evolution of multiple memory systems”, *Psychological Review* 94 (1987), 439-54.

⁸ M. Tomasello, *The cultural origins of human cognition* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999). [Tomasello, M. (2007). *Los orígenes culturales de la cognición humana*. Buenos Aires: Amorrortu.]

⁹ S. J. Gould, “Not necessarily a wing”, en *Bully for Brontosaurus: Reflections in natural history* (New York: W. W. Norton, 1992), pp. 139-51. [Gould, S. J. (2005) “*Brontosaurus*” y *la nalga del ministro*. Barcelona: Crítica]

El trabajo de Merlin Donald sigue siendo una notable excepción.¹⁰ Aunque la mayor parte de su trabajo está centrado en el desarrollo de las capacidades cognitivas humanas y proto-humanas previas a la alfabetización, identifica el vínculo fundamental entre los periodos más tempranos y más tardíos, y reconoce que el cambio cognitivo humano no se detiene en las pinturas rupestres del *homo sapiens*. Puede ser cierto que nuestros cerebros no hayan cambiado en los últimos milenios pero, ¿de qué tipo de cerebro estamos hablando? En primer lugar, no es el cerebro de una criatura aislada. En su ambiente natural, este órgano funciona en una red de interacción social que vincula la actividad de varios cerebros. En segundo lugar, este órgano se especializa en plasticidad, de manera que su funcionamiento puede ser profundamente afectado por las redes de las que forma parte. Los cerebros humanos están específicamente adaptados para la vida en la cultura humana. Esto incluye una capacidad sumamente desarrollada para representar, la capacidad de utilizar un contenido cognitivo para significar otro.

En la historia de la memoria humana, el desarrollo crucial implica la utilización de materiales por fuera del cuerpo humano con el propósito de representar. Si estos materiales poseen cierta permanencia, como las marcas en la superficie de las rocas o en el tronco de un árbol, llegan a funcionar como una memoria externa. Los actos de recordar pueden ahora ser evocados no sólo a partir de la presencia inmediata de otros individuos o a través de cierta actividad corporal, sino también a partir de símbolos previamente construidos y preservados a través de un medio externo. A partir de ese momento, el desarrollo posterior de la memoria humana está inextricablemente unido con el desarrollo histórico de la memoria externa, un vínculo que se vuelve particularmente cercano una vez que la memoria externa toma la forma de la escritura.

La memoria externa se basa en la modificación deliberada del medio físico a través de herramientas y habilidades específicamente diseñadas. En resumen, la memoria externa constituye un tipo de tecnología y, como toda tecnología está sujeta al cambio y perfeccionamiento histórico que depende de las condiciones sociales de su utilización pero que, a su vez, afecta a estas condiciones. La tecnología de memoria externa es una parte de la historia humana. Pero sólo puede funcionar como parte de un sistema que incluye el limitado equipamiento biológico de los individuos humanos. Una herramienta es una herramienta sólo para aquellos que saben cómo utilizarla. El desarrollo de diversos sistemas de memoria externa no implicó sólo una invención material sino también la adquisición de determinadas habilidades específicas necesarias para aprovechar al máximo esas invenciones. Esto significa que el funcionamiento de la memoria individual también puede estar sujeto al cambio histórico. La relativamente corta escala temporal de la historia humana puede excluir cambios filogenéticos significativos, pero esto no significa que la memoria humana funciona de la misma manera ahora que hace 5.000 años.

Para que las tecnologías de inscripción pudieran ser usadas, la gente debió adquirir el arte de la lectura, algo que no es innato en sus cerebros. Pero para que las inscripciones funcionaran como una memoria externa útil, la gente debió desarrollar habilidades mnemónicas que eran tan nuevas como lo fue la lectura en su momento. Tuvieron que descubrir maneras de vincular sus propios recuerdos con la memoria que estaba potencialmente disponible en el exterior. Sin la innecesaria reproducción de todo lo que estaba en la memoria externa, tenía que encontrar modos de hacer accesible el contenido de esta memoria externa. En otras palabras, se enfrentaron a tareas especiales de recuperación

¹⁰ M. Donald, *Origins of the modern mind: Three stages in the evolution of culture and cognition* (Cambridge MA: Harvard University Press, 1991; también *A mind so rare: The evolution of human consciousness* (New York: W. W. Norton, 2001); y “The mind considered from a historical perspective: Human cognitive phylogenesis and the possibility of continuing cognitive evolution”, en D. M. Johnson and C. E. Erneling (eds.), *The future of the cognitive revolution* (New York: Oxford University Press, 1997), pp. 355-65.

que eran diferentes de aquellas que enfrentaban en ausencia de la memoria externa. Las antiguas ayudas mnemónicas perdieron su valor y nuevas debieron ser inventadas. A medida que el archivo de la memoria externa fue expandiéndose, las complejas claves fonológicas y situacionales se volvieron menos útiles para recuperar su contenido. En cambio, la gente aprendió a organizar este contenido para hacerlo accesible a través del uso de nuevos tipos de sistemas de direccionamiento y disposiciones lógicas. El material archivado externamente es útil en la medida en que su organización está reflejada en la memoria individual. Si la organización del archivo cambia, como por cierto sucedió en el curso de la historia, la memoria individual tendría que adaptar, eventualmente, su propia organización.

Pero quizás la organización de la memoria externa es simplemente un reflejo de características que ya estaban presentes en la memoria individual antes de la existencia de cualquier memoria externa. Esto sólo puede ser cierto en el tautológico sentido de que los humanos no hubiesen podido desarrollar modo de vincular la memoria externa e interna que estén más allá de los límites fisiológicos de su equipamiento biológico. Sin embargo, como estos límites permiten una considerable libertad en las formas de organización de la memoria real, estas formas no pueden ser derivadas de ellos. No parece que la organización de la memoria externa requiera una simple proyección de la organización ya establecida en el cerebro humano. Si así fuese, se debería esperar avances mucho más veloces en la organización de la memoria externa de los que observamos en la historia humana. La lentitud de su progreso sugiere más bien una co-evolución de la memoria externa y las correspondientes funciones cognitivas.

Gracias a las numerosas invenciones acumuladas durante varios siglos, nos resulta más fácil asumir que las formas de organización de la memoria que nos enseñan en la infancia son indicadores directos del modo “natural” en que opera la memoria. Estamos totalmente acostumbrados a recuperar la información verbal utilizando índices, títulos, jerarquizaciones, etc. Sin embargo, estos dispositivos tuvieron que ser desarrollados en el curso de varios siglos, durante los cuales la gente aprendió lentamente cómo sacar el mejor provecho de las nuevas formas de memoria externa. Las ventajas de cada novedad no eran inmediatamente obvias: hubo pasos en falso, retrocesos, largos periodos antes que los ayudas mnemónicas que hoy nos resultan tan naturales fuesen ampliamente adoptadas.¹¹ Incluso luego de la adopción de la escritura alfabética, la utilización de unidades de una sola palabra para representar y recordar información escrita distaba de ser natural para los usuarios humanos de la memoria externa. Para quienes utilizan la escritura no semítica de Occidente, el mismo concepto de “palabra”, como nosotros lo entendemos, aparece como una *consecuencia* del extendido uso de la escritura¹².

Estas observaciones plantean preguntas sobre lo que exactamente está siendo investigado en la moderna investigación sobre la memoria. ¿Es la constitución de una “memoria humana” genérica, correspondiente a toda la especie, lo que se estudia en los laboratorios del siglo XXI o es un modo de funcionamiento incrustado socialmente [socially embedded] que es resultado de un largo período de adaptación a una gradualmente desarrollada cultura de alfabetización? Para resolver esta cuestión, es indispensable la utilización de evidencia histórica.

La memoria individual no sólo está íntimamente vinculada con los cambios históricos en las formas de la memoria externa sino que sirve a tareas cuyos parámetros están establecidos por cambiantes demandas sociales y convenciones. Consideremos algunas de las

¹¹ J. P. Small, *Wax tablets of the mind: Cognitive studies of memory and literacy in classical antiquity* (London: Routledge, 1997).

¹² D. R. Olson, *The world on paper: The conceptual and cognitive implications of writing and reading* (New York: Cambridge University Press, 1994). [Olson, D. R. (1998) *El mundo sobre el papel: el impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*. Barcelona: Gedisa]

tareas de memoria incrustadas culturalmente [culturally embedded memory tasks] que provocaron reflexión y asombro sobre la naturaleza de la memoria humana en varias ocasiones. Por ejemplo, la tarea enfrentada por el designado narrador, bardo o guardián del saber tradicional en sociedades no alfabetizadas. Algunos de estos individuos parecen llevar a cabo prodigiosas hazañas de memoria, al reproducir narraciones verbales que se extendían durante varias horas. Estas reproducciones eran de algo oído, no escrito; no había posibilidad de consultar el guión en medio de las narraciones y sin embargo no cometían errores. ¿Cómo lo lograban? Más concretamente en este contexto, ¿empleaban las mismas habilidades mnemónicas que un jurista en la Roma clásica, reuniendo argumentos legales sin un texto escrito de referencia frente a él? ¿Alguno de ellos tiene algo en común con el predicador medieval que exhortaba a su rebaño a través de citas y analogías bíblicas que no sólo “había aprendido de memoria” [learned by heart] sino también “tomado en serio” [taken to heart]? Si así fuese, ¿qué? Si no observamos la evidencia histórica no podemos saberlo. Tampoco podemos saber si los hallazgos de las investigaciones modernas sobre la memoria representan algo más que la documentación de cómo funciona la memoria humana al ser confrontada con tareas mnemónicas que están tan culturalmente e históricamente enlazadas como las tareas a las que se enfrentaban los narradores no letrados, los juristas romanos o el predicador medieval.

Como la memoria humana funciona en un contexto social, participando en tareas que llevan el sello de demandas sociales específicas, tiene una historia, una historia que no culmina cuando se puso en marcha el primer experimento psicológico sobre la memoria. Las demandas sociales otorgan *dirección* a la actividad de recordar. En ciertos contextos sociales, la reproducción exacta de ciertas palabras es de suma importancia, por ejemplo en las representaciones litúrgicas de los textos sagrados o en muchos experimentos de memoria clásicos. En otras situaciones, las palabras exactas no necesitan ser recordadas, siempre y cuando su impacto emocional se reproduzca fielmente, por ejemplo en el relato de una antigua leyenda. A veces es valioso recordar la estructura lógica de un argumento; otras veces es vital recordar el trazado de una construcción [layout of a building]. Pero estas tareas mnemónicas no varían aleatoriamente entre las culturas o los periodos históricos. En ciertos momentos y lugares, el recuerdo preciso de los textos sagrados es importantísimo pero, en circunstancias diferentes, este tipo de memoria puede ser desestimado. Lo mismo puede decirse de los otros ejemplos mencionados anteriormente y de la mayoría de los casos de recordar en que podría pensarse. El punto es que el contexto social de la memoria está determinado por lo que podríamos llamar *valores mnemónicos* que otorgan dirección al proceso de recordar.

Muchos de los cambios históricos en la memoria son debidos a cambios en estos valores mnemónicos. No sólo afectan *qué* se recuerda sino *cómo* se recuerda. Por ejemplo, los textos medievales dedicados a las prácticas mnemónicas de la cultura monástica enfatizan que las narraciones bíblicas debían ser recordadas con un gran compromiso emocional¹³. El tipo de memoria que se propone aquí es muy diferente del depósito despersonalizado de hechos discretos que han sido tan altamente valorados en contextos educacionales más recientes (y en muchos experimentos sobre la memoria). La memoria que los monjes intentaban desarrollar no debía manifestarse en la regurgitación de “información” sino en un tipo de reviviscencia, en cuerpo y alma, de las narraciones y alegorías sacras¹⁴. En otro periodo histórico, el Renacimiento, un tipo de memoria más encarnada, más implicada emocionalmente podía ser

¹³ I. Illich, *In the vineyard of the text: A commentary on Hugh's Didascalion* (Chicago: Chicago University Press, 1993). [Illich, I (2002). *En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario al "Didascalión" de Hugo de San Víctor*. Buenos Aires: FCE]

¹⁴ M. Carruthers, *The book of memory: A study of memory in medieval culture* (New York: Cambridge University Press, 1990).

comparada con enamorarse, con estar enfermo de amor¹⁵. La gente no recuerda siempre de la misma manera, y los modos más valorados de recordar no han sido siempre los mismos.

Una historia conceptual

La variedad de experiencias, funciones y capacidades a las que fue aplicado el término “memoria” cambió en el curso de la historia humana. Los detalles de este proceso son complejos e incluyen muchos aspectos diferentes que aguardan una elucidación específica. Algunos aspectos son más fácilmente investigables pues han dejado registros bajo la forma de monumentos, imágenes o inscripciones lingüísticas. Otros aspectos los conocemos porque son mencionados en los documentos que han sobrevivido, por ejemplo el uso de técnicas mnemónicas en lo que se solía denominar el “arte de la memoria”. Incluso otros aspectos, principalmente relacionados con la memoria en situaciones de discurso oral, pueden todavía ser observados en formas contemporáneas que podrían ser indicativos de vestigios culturales.

Describir y analizar el contexto social de diferentes modos de recordar es una tarea que resulta mejor dejar a los historiadores profesionales. En este libro, me baso en gran medida en su trabajo para proveer los antecedentes necesarios del tema principal: la conceptualización de la memoria en los textos de diferentes períodos históricos. En esos textos, la memoria se convirtió en un objeto identificado de reflexión. Sin duda, los actos de recordar a veces ocasionaron comentarios, discusión o especulación antes del advenimiento de la alfabetización, pero la exploración de este tipo de evidencia requiere los métodos de la antropología y de la historia oral. Esta dimensión no es cubierta en este libro porque expandiría innecesariamente un tema ya de por sí demasiado amplio. Hay muchos aspectos de la historia de la memoria, y el aspecto que provee el foco aquí emerge en los escritos de los filósofos, físicos, psicólogos y otros que aseguraron la disseminación de creencias sobre la memoria que esos escritos probablemente ayudaron a cristalizar en primer lugar. Con el advenimiento de este material textual, *concepts* de la memoria se volvieron parte del archivo histórico y, en adelante, una parte identificable de la historia intelectual¹⁶.

En estos escritos, la memoria es planteada como una característica distinguible o categoría sobre la cual se puede decir cosas. Forma el polo objetivo en una relación sujeto-objeto. Como objeto, la memoria está determinada por un cierto grado de resistencia o incluso recalcitrancia. No hace automáticamente lo que uno quiere o espera que haga. Nos engaña, se rehúsa a ayudarnos cuando la necesitamos, distorsiona y se desintegra. Pero, ¿no será posible domarla? De un modo u otro, todos los movimientos históricos que se discuten aquí constituyen intentos de hacer justamente eso: domesticar la memoria.

Los conceptos de memoria nunca constituyeron un dominio aislado de ideas –siempre estuvieron profundamente conectados con prácticas sociales y artefactos culturales. Algunas de esas prácticas sociales, como las antiguas técnicas mnemotécnicas o las modernas técnicas

¹⁵ L. Bolzoni, *The gallery of memory: Literary and iconographic models in the age of the printing press*, trans. J. Parzen (Toronto: University of Toronto Press, 2001). [Bolzoni, L. (2007). *La estancia de la memoria. Modelos literarios e iconográficos en la época de la imprenta*. Madrid: Cátedra]

¹⁶ En este contexto, prefiero usar el término "concepto" a "teoría". Las teorías usualmente se distinguen de las observaciones e implican una formulación explícita con intención explicativa. Los conceptos se expresan a veces en esta forma, pero a menudo son implícitos. Su papel es el de interpretar, proporcionar significados, unificar, categorizar experiencias que de otro modo serían caóticas. Las teorías requieren conceptos, pero no al contrario. Esta distinción es más común en la literatura europea continental que en la anglosajona. Se encuentra, por ejemplo, en estudios sobre la historia de la ciencia en deuda con la obra de Georges Canguilhem y con la *Begriffsgeschichte* alemana. Para una breve introducción en idioma inglés a los aspectos relevantes del enfoque de Canguilhem, consulte G. Gutting, “Continental philosophy and the history of science”, en R. C. Olby, G. N. Cantor, J. R. R. Christie and M. J. S. Hodge (eds.), *Companion to the history of modern science* (London: Routledge, 1990), pp. 127-47, para la *Begriffsgeschichte*, véase M. Richter, “Begriffsgeschichte and the history of ideas”, *Journal of the History of Ideas* 48 (1987), 247-63.

experimentales, fueron dirigidas directamente a la memoria misma; otras prácticas, como las de alfabetización, tuvieron efecto indirecto, aunque penetrante, en la conceptualización de la memoria. Entre los artefactos culturales cuya historia está entrelazada con la de la memoria, están los libros escritos e impresos, los más modernos dispositivos de grabación y las computadoras digitales. Aunque el examen de los conceptos de memoria forma el hilo que atraviesa este libro, estos conceptos son ubicados en el relevante contexto de prácticas cambiantes y artefactos siempre que la evidencia histórica disponible lo permita.

Durante el período cubierto en este libro, recordar cesa de ser algo que la gente simplemente hace sin ser consciente de lo que está haciendo. Han llegado a separar el recordar de sus muchas otras actividades y a reificarla en la forma de un objeto denominado memoria. Comenzaron a reflexionar sobre este objeto, inventar modelos para su funcionamiento, intervenir en sus procesos, proveerle los auxilios más sofisticados y, en general, tratar de superar su falta de fiabilidad y recalcitrancia. Todo esto sucedió en el contexto de vastos cambios en sus sociedades y sus tecnologías, cambios que planten nuevas demandas sobre la memoria humana pero también ofrecen nuevas posibilidades para su empleo efectivo. Actos irreflexivos de recordar fueron suplementados por intentos deliberados de modificar el modo en que la memoria opera y por enrolos en proyectos humanos específicos. Las creencias sobre la memoria, los esfuerzos por mejorar la memoria y las tareas sociales para las cuales la memoria fue movilizada se afectaron mutuamente en una interrelación histórica compleja y cambiante.

Si uno observa las manifestaciones de la memoria en cualquier momento particular, conseguiría una instantánea de un momento particular o fase en la prolongada historia de sus interrelaciones. Entonces, si se olvida la dimensión histórica se puede estar tentado a imaginar que las creencias de la gente y las teorías sobre la memoria están bastante separados del objeto mismo. En ese caso, las ideas relacionadas con la memoria estarían a la par de las teorías en física: las teorías pueden cambiar pero eso no afectaría a sus objetos. Una función de la perspectiva histórica es recordarnos las limitaciones de esta analogía.

Quizás una mejor analogía sería la que compara la manera en que funciona la memoria con la manera en que funciona un mundo físico transformado por las tecnociencias. Tal mundo debe su existencia a percepciones humanas y prácticas aplicadas al mundo físico, aunque las leyes de la física sigan siendo las mismas. Análogamente, la manera en que la memoria opera en su contexto social –y siempre hay un contexto social– depende en parte del modo en que las tareas de la memoria y las técnicas fueron modificadas por las creencias, valores y presuposiciones aplicadas a la memoria. Esto no implica ningún cambio en los principios de la neurofisiología, ya que hay una diferencia fundamental entre los logros y los fallos de la memoria de socialmente incrustados [socially embedded] y los recursos fisiológicos que proveen la posibilidad de tales logros y fallos. Los logros y los fallos están siempre definidos socialmente y por lo tanto son históricamente variables.

Los modos de recordar son afectados por cambiantes *valores mnemónicos*: supuestos culturalmente arraigados sobre lo que es valioso recordar, lo que merece o no hay necesidad de que sea recordado, cómo los fragmentos de la memoria deben encajar, qué tipos de tarea de la memoria se esperar servir. Tales valores mnemónicos siempre implican ciertas concepciones de la naturaleza de la memoria y a veces esas concepciones son explicitadas en textos que abordan el tema. Históricamente, los cambios en las prácticas de la memoria están asociados con cambios en los discursos sobre la memoria, reflejando un cambio en los valores mnemónicos.

Por ejemplo, la reproducción *precisa* de material de la memoria externa comenzó a ser altamente valorado en el período del iluminismo europeo y se convirtió en una característica común de la experiencia cotidiana durante la Revolución Industrial. El énfasis en el recuerdo certero de los hechos afectó a la práctica educativa así como a las instituciones empresariales e industriales. Algunos de los avances tecnológicos de ese momento llevaron al desarrollo de

nuevos dispositivos de registro visual y auditivo (cámara y fonógrafo) que proveyeron una fuente disponible para modelos teóricos de la memoria como una máquina para copiar, almacenar y reproducir los estímulos sensoriales [sensory input]¹⁷.

El mismo concepto de memoria ha cambiado. En tiempos anteriores, como veremos más adelante, la función de copia de la memoria había sido reconocida pero subordinada a otras funciones, como el perfeccionamiento moral o la producción imaginativa. En los tiempos modernos, la concepción de la memoria como, esencialmente, una máquina copiadora se conecta sin problemas con el tipo de trabajo de memoria que era cada vez más solicitado en instituciones comerciales e industriales que se expandían rápidamente. Cuando fue ampliamente compartida, esta concepción ayudó a enfocar el deliberado ejercicio de la memoria en una dirección particular y animó el desarrollo de cierto tipos de habilidades de la memoria. Conceptos de la memoria, tecnología, valores mnemónicos, prácticas institucionales y rendimiento de la memoria fueron vinculados en una red de influencias recíprocas.

Precisamente porque nunca existieron aisladamente, sino que siempre fueron parte de una red de fenómenos interrelacionados, las concepciones de la memoria estuvieron implicadas en las manifestaciones sociales de la memoria. En adelante, su historia debe ser examinada en relación con la tecnología de la memoria y las prácticas sociales vinculadas con la memoria. Nunca hubo duda alguna de que las teorías sobre la memoria cambiaron históricamente. Pero solamente se necesita mirar al contexto mnemónicamente relevante de estos cambios para reconocer que la historicidad es una característica, no sólo del componente teórico, sino también de otros aspectos importantes de la memoria humana.

La historia de la memoria y la disciplina psicológica

Para la disciplina psicológica el cambio histórico en la memoria humana no es un tema. Hay dos amplios conjuntos de razones para esto, uno relacionado con la comprensión de la psicología de su objeto [subject-matter], el otro a su lugar entre las disciplinas. Considerémoslos por turnos.

Tradicionalmente, el objeto de la psicología era definido en términos de lo que sucede dentro de mentes individuales. El interludio conductista cambió esto introduciendo la adaptación al medio ambiente, pero el concepto de “medio ambiente” [environment] considerado apropiado para un nivel psicológico de análisis era totalmente abstracto. En tanto uno hace psicología, el tipo de riqueza del medio ambiente encontrado en los estudios históricos sería irrelevante porque todas las características del medio ambiente son reducibles a un “estímulo” genérico cuyo efecto está gobernado por “leyes” conductuales que no varían entre las especies, y mucho menos a través de períodos históricos. Cuando el conductismo pierde su atractivo, la definición tradicional del objeto de la psicología se reafirmó a sí mismo en una forma tal que excluyó tan efectivamente como siempre cualquier relevancia psicológica para la historia.

Con la excepción de algunos estudios clínicos marginales, el estudio psicológico de la memoria ahora llega a compartir los supuestos y preceptos de lo que ahora se conoce como ciencia cognitiva. De acuerdo con una visión ampliamente citada y comprensiva de la ciencia cognitiva de mediados de la década de 1980, los principios que guían este enfoque incluyen: (1) un compromiso con un nivel de análisis “completamente separado” de lo sociológico o lo cultural; (2) “fe en que lo central para cualquier comprensión de la mente humana es la computadora electrónica”; (3) una “deliberada decisión de des-enfatizar... la contribución de

¹⁷ 17. D. Draaisma, *Metaphors of memory: A history of ideas about the mind* (Cambridge: Cambridge University Press, 2000).

los factores históricos y culturales”; y (4) una lista de disciplinas relevantes que, de manera significativa, excluye a la historia¹⁸.

Dentro de este marco, lo que era denominado “memoria” consistía esencialmente en un proceso lineal de tres partes que codifica, almacena y recupera información que ingresa desde el ambiente. La secuencia completa era entendida como teniendo lugar dentro de una mente o un cerebro individual. Lo que sucedía antes de la codificación y luego de la recuperación no era considerado parte de la psicología de la memoria. Guiado por una analogía inapropiada con las computadoras digitales, este modelo construyó una “memoria” cuyo vínculo con el mundo exterior tomó la forma de “entradas” y “salidas”. Las entradas tomaban la forma de información entregada y las salidas eran introducidas en un sistema sensorio-motor totalmente separado que no era parte de la psicología de la memoria. El sistema es iterativo sólo respecto de la producción *cognitiva* [*cognitive output*] bajo la forma de símbolos, que generaba más símbolos. Lo que estaba fuera del alcance del modelo era el tipo de retroalimentación que ocurre cuando la acción motora en un medio ambiente material, producida por el sistema, afecta la propia entrada perceptual del sistema. La limitación a información entregada de tipo pre-empaquetada corta el vínculo intrínseco entre memoria y percepción y reduce la memoria a un “módulo” cognitivo funcionalmente independiente entre otros. Se suponía que el procesamiento de información en tales módulos ocurre a través de símbolos que eran definidos de modo puramente sintáctico, por ejemplo en términos de su relación con otros símbolos más que en términos de algo que representaran.

Por supuesto se reconocía que este tipo de modelo no puede ocuparse de la acción en el mundo real en un contexto sociocultural, pero se consideró que estas características se podrían añadir más tarde, una vez que la arquitectura básica de la cognición humana hubiera sido trazada. Esta estrategia de la ciencia cognitiva reflejaba una metafísica esencialmente cartesiana que priorizaba el pensar la mente individual extraída de los enredos sociales y culturales¹⁹. La “memoria” de esa mente estaría fuera de la historia humana: habitaba solo en el interior amurallado de lo individual universalizado. Dentro de este marco, una historia de la memoria no sólo sería irrelevante sino que, en realidad, no tendría sentido.

Hacia finales del siglo XX, las limitaciones de este marco se volvieron más y más aparentes. A pesar de que todavía subyace gran parte de la investigación en ciencia cognitiva, un replanteamiento fundamental ha venido ocurriendo en varios sectores²⁰. Más relevante en el contexto actual es la creciente comprensión de que la frontera rígida entre lo que está dentro y fuera de la mente individual debe ser abandonado, y que funciones cognitivas como la memoria no deben ser aisladas de la percepción y de la acción en el mundo. Se dice que la cognición está “situada” en un mundo que incluye a otros individuos y artefactos materiales. Desde este punto de vista “la memoria no puede ser algo realmente situado dentro del individuo”²¹. Ese tipo de cambio crea un espacio conceptual en el que una psicología histórica de la memoria puede desempeñar un papel relevante. Potencialmente, la interconexión histórica entre la cultura de la memoria, la tecnología de la memoria y la teoría de la memoria se vuelve significativa para una comprensión de la psicología de la memoria. Reducir la

¹⁸ H. Gardner, *The mind's new science: A history of the cognitive revolution* (New York: Basic Books, 1985), p. 6.

¹⁹ R. A. Wilson, *Cartesian psychology and physical minds: Individualism and the sciences of the mind* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995).

²⁰ La siguiente conclusión representa un resultado de esta reconsideración: “Debemos ser cuidadosos ante cualquier definición que trata a la memoria y la creencia como si pudieran ser simples primitivos existentes sólo dentro del cerebro”. C. Westbury & D. C. Dennett, “Mining the past to construct the future: Memory and belief as forms of knowledge”, en D. L. Schacter and E. Scarry (eds.), *Memory, brain and belief* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2000), pp. 11-32 (p. 29).

²¹ R. Pfeifer and C. Scheier, *Understanding intelligence* (Cambridge, MA: MIT Press, 1999), p. 514.

brecha entre la cognición humana y la historia humana se vuelve no sólo posible sino también deseable.

Sin embargo, es probable que tal empresa se enfrente a obstáculos formidables, algunos basados en genuinas dificultades, otros derivados de los prejuicios tradicionales contra cualquier colaboración entre la psicología y la historia y que son muy anteriores a la más reciente "revolución cognitiva". Estos prejuicios tienen su origen en la antigua preocupación de la psicología sobre su posición entre las disciplinas y más en concreto sobre su estatuto como ciencia natural.

En la literatura psicológica sobre la memoria, el contraste entre las frecuentes referencias neurofisiológicas y la virtual ausencia de referencias históricas es sorprendente. Uno podría argumentar que las personas formadas como psicólogos no están equipadas para manejar evidencia histórica y deben mantenerse alejadas de ella. Hay mucho que decir sobre este argumento, pero no ofrece una razón válida para la ignorancia de la información histórica por parte de los psicólogos. Los psicólogos suelen dejar a los fisiólogos la dirección técnica de las investigaciones neurofisiológicas, pero nadie concluiría de esto que entonces deben ignorar la información neurofisiológica. Este tratamiento desigual de la historia y la fisiología sugiere que está involucrado más que el mero principio de mantener una estricta separación entre las disciplinas. Es como si todavía estuviéramos operando en términos de un modelo esencialmente decimonónico de jerarquía causal de las disciplinas, que obliga a la psicología a buscar sus explicaciones en la biología, pero no en la historia, porque la biología representa un nivel de jerarquía más bajo, más fundamental, que la psicología en esta jerarquía. En este modelo, la historia debe buscar sus explicaciones en la psicología más que la inversa.

Donde este modelo no está totalmente adoptado, el contraste entre la afinidad positiva de la psicología con la fisiología y su afinidad negativa con la historia al menos conlleva la implicación de que la psicología pertenece a las ciencias naturales más que a las ciencias sociales o humanidades. Esto se conecta con la forma en que define su objeto. Una ciencia natural investiga objetos naturales, es decir objetos considerados como parte del orden natural, objetos cuyas características se ajusten a las regularidades universales y cuyas propiedades son independientes de las creencias y prácticas humanas. En la medida en que la psicología se define como una ciencia natural, la hipótesis es que su objeto es esencialmente de este tipo y eso significa que no es afectado por la historia de la humanidad.

Sin embargo, en la práctica, esto no ha sido tratado como una hipótesis sino como algo que es evidente por sí mismo y más allá de cuestionamiento²². En gran medida, la psicología ha investigado su objeto, como si perteneciera a una naturaleza humana ahistórica. Esto puede haber producido resultados pero la presunción de validez ahistórica sigue siendo sólo una hipótesis hasta que se pruebe con evidencias relevantes. La evidencia relevante en este caso tendría que ser histórica, y esto lleva directamente a la historia de categorías psicológicas como la memoria. En otras palabras, la base científica de la creencia de que la evidencia histórica es redundante requiere ella misma evidencia desde la historia. En el caso de la memoria, los más recientes trabajos de los historiadores en realidad han proporcionado evidencia bastante amplia de que es relevante para esta cuestión. Pero no se puede esperar que los historiadores se preocupen demasiado por las implicaciones psicológicas de su trabajo. Parece, por tanto, que los propios psicólogos tendrán que mirar más de cerca el material histórico para que sus implicaciones psicológicas no se pierdan.

En el pasado, los historiadores de la psicología mostraron poco interés en la memoria. Creo que esto se debe a que compartían la creencia de sus colegas científicos de que la

²² Durante el siglo XX, se trataba de algo menos real en la literatura de la Europa continental, donde pueden encontrarse intentos de vincular la historia y la psicología, aunque rara vez desde los psicólogos. Véase, por ejemplo, J.-P. Vernant, "History and psychology", in F. I. Zeitlin (ed.), *Mortals and immortals: Collected essays* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1991), pp. 261-8.

memoria era esencialmente una categoría biológica y, por lo tanto, sólo tenía una historia filogenético, no una historia social. Si esto es así, entonces las investigaciones históricas sobre la memoria se ocuparían sólo de las teorías *sobre* la memoria, no de la constitución histórica del concepto mismo de memoria²³. En un estilo que ha sido ridiculizado por los historiadores, estas investigaciones tienden a buscar anticipaciones de conceptualizaciones modernas, tales como procesamiento de la información, en textos antiguos²⁴. En términos más generales, la historia tradicional de la psicología ha tendido a asumir que “el objeto de la psicología es universal”²⁵, que existía una parte definida de la realidad objetiva que era “psicológica” y que no ha cambiado a través de la historia; lo que cambió fue el conocimiento válido sobre ella. La historia se convierte entonces en la historia del descubrimiento de las verdades sobre asuntos que son al menos tan antiguos como la especie humana, y a veces más antiguos. Este punto de vista sobre la relación entre la psicología y la historia convergió a la perfección con la auto-comprensión de una disciplina que se consideraba parte de las ciencias naturales.

¿Hay alguna manera de escapar de este tipo de narrativa? Eso depende de cómo se interpreta la relación del pasado con el presente. Una forma es tomar el presente como representante de la verdad, por lo que el pasado se convierte en la historia de cómo esta verdad triunfó y el error fue derrotado. Sin embargo, hay otra manera de utilizar el presente como punto de partida. En vez de equiparar el presente con la verdad, uno puede rastrear sus certezas con el fin de demostrar su contingencia histórica. Uno puede volverse hacia el pasado con el fin de interrogar al presente sobre el material a partir del cual fue construido²⁶.

¿Qué hacen los investigadores contemporáneos cuando investigan la memoria? Hay dos historias que contar aquí. En una historia, a los investigadores les gusta decir que están comprometidos en un proceso de *descubrimiento*, el cuento del continente desconocido que poco a poco está siendo abierto. La historia aquí es un relato de estos descubrimientos, de los “hallazgos” experimentales y las teorías a las que dan lugar o, a veces, de las inspiradas conjeturas que anteceden a estos logros. Pero si uno reemplaza este estrecho marco histórico por el más amplio marco de la historia cultural humana puede contarse otra historia. Desde esta perspectiva, lo que los científicos modernos hacen cuando investigan la memoria es reconstituir la memoria como objeto de conocimiento humano y práctica humana de acuerdo con las exigencias y requerimientos de su tiempo.

Pero al constituir, representar e investigar su objeto, los investigadores modernos están obligados a comenzar con los recursos técnicos y discursivos que han heredado. Quizás hayan construido estos recursos, pero nunca tenían la libertad de empezar de cero e inventar su propio lenguaje científico y su propia tecnología en el vacío. En el caso de la psicología, parte de su herencia era un lenguaje psicológico cotidiano y un lenguaje filosófico más especializado ya habían planteado la realidad psicológica de una manera determinada. Los psicólogos eran usuarios de este lenguaje cotidiano y, en general, daban por sentado el tipo de realidad psicológica que era presupuesto por este uso. Con el transcurso del tiempo, la psicología científica desarrolló su propio lenguaje dejando gran parte del lenguaje psicológico cotidiano, así como gran parte del lenguaje filosófico (por ejemplo, “alma”, “voluntad” y

²³ D. J. Hermann and R. Chaffin (eds.), *Memory in historical perspective: The literature before Ebbinghaus* (New York: Springer-Verlag, 1988).

²⁴ S. Kemp and G. J. O. Fletcher, “The medieval theory of the inner senses”, *American Journal of Psychology* 106 (1993), 559-76.

²⁵ Para la reacción de un historiador a este supuesto, ver R. Smith, “Does the history of psychology have a subject?”, *History of the Human Sciences* 1 (1988), 147-77. Para una alternativa radical de un filósofo, ver D. M. Johnson, *How history made the mind: The cultural origins of objective thinking* (Chicago: Open Court, 2003).

²⁶ N. Rose, *Inventing our selves* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996); H. J. Stam, “Retrieving the past for the future: Boundary maintenance in historical and theoretical psychology”, en D. B. Hill and M. J. Kral (eds.), *About psychology: Essays at the crossroads of history, theory, and philosophy* (Albany, NY: State University of New York Press, 2003), pp. 147-63.

"carácter"), modificando el significado de otra parte e inventando nuevos términos con significados nuevos. Este tipo de transformación no tuvo lugar sin cambios profundos en la denotación de los términos psicológicos. El "comportamiento" que es objeto de estudio para la psicología científica no tiene casi nada en común con el "comportamiento" que es objeto de juicio ético. La "personalidad" que se investiga por los métodos de la ciencia psicológica apenas tiene un aire familiar con la "personalidad" de los grandes hombres y mujeres que es explorada por sus biógrafos. Otras categorías psicológicas, incluyendo "inteligencia", "actitud" y "motivación", se sometieron a transformaciones que no son menos profundas²⁷.

La historia de estas transformaciones es relativamente reciente, casi co-extensiva a la historia de la propia psicología moderna. Es una historia que está estrechamente ligada a la historia de la psicología como disciplina científica. Los cambios en el significado de las categorías psicológicas estaban supeditados a cambios en las prácticas de investigación de la psicología, en el proyecto profesional de los psicólogos, en las presiones externas sociales sobre la disciplina, en las corrientes culturales, etc. Esto plantea la sospecha de que el contenido de la psicología moderna, su manera de definir, dividir y comprender los fenómenos psicológicos, es enteramente una cuestión de "construcción social". Que gran parte de este contenido es una construcción social se presta difícilmente a la duda, la pregunta interesante es si podemos vislumbrar un resto de "clases naturales" más allá de las capas de construcción²⁸.

¿Los estudios históricos pueden aportar algo para responder esta pregunta? Pueden hacerlo, sobre todo si son capaces de arrojar luz sobre las continuidades entre las prácticas discursivas de la psicología moderna y las del período pre-científico. Aunque existe una discontinuidad dominante que debe tenerse en cuenta, no es seguro que esto excluya cualquier tipo de continuidad²⁹. Hay, por ejemplo, una psicología moderna del pensamiento llevada a cabo con medios científicos. ¿Es este el mismo "pensar" que fue el tema del discurso cotidiano y filosófico siglos antes de la llegada de la psicología moderna? Incluso si la respuesta resulta ser "en algunos aspectos sí pero no en otros", como parece probable, se podrían hacer algunos progresos identificando los aspectos que muestran la continuidad histórica a través de largos períodos de tiempo. Una vez identificados estos aspectos, se podrían hacer más preguntas sobre las razones de su supervivencia histórica. ¿Sobreviven porque se refieren a características universales de la mente humana que no se vieron afectados por las contingencias socio-históricas, o sobreviven debido a ciertas continuidades en las prácticas discursivas que acompañaron la transición a las prácticas de la psicología moderna? Si es así, ¿cuál era la naturaleza de estas continuidades?

¿Algunas categorías de la psicología moderna muestran suficiente continuidad de significado en largos períodos de tiempo como para convertirlas en candidatas para el tipo de estudio histórico contemplado aquí? Ya mencioné el "pensamiento", pero demasiado a menudo esta fue una categoría marginada en la psicología moderna. Consideraciones similares se aplican a la "imaginación". Otros candidatos prometedores, como la "percepción", plantean cuestiones de cambio terminológico que complican innecesariamente la investigación. Sin embargo, otros, como la "conciencia", tienen una historia que, en general, es demasiado corta. Salteando un tedioso debate sobre los pros y los contras de una lista de candidatos potencialmente vasta, procederemos de inmediato con la categoría psicológica cuya historia constituye el objeto de este libro –la memoria.

²⁷ K. Danziger, *Naming the mind: How psychology found its language* (London: Sage, 1997).

²⁸ I. Hacking, *The social construction of what?* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1999) [Hacking, I. (2001). *¿La construcción social de qué?*, Barcelona: Paidós].

²⁹ K. Danziger, "How old is psychology, particularly concepts of memory?", *History & Philosophy of Psychology* 4 (2002), 1-12.

A diferencia de la mayoría de los términos del vocabulario psicológico moderno, la memoria tiene un linaje muy antiguo. Se la denominó uno de “los grandes conceptos primordiales de psicología”³⁰ ya que da pruebas de la antigüedad de la psicología mediante evidencias inmejorables. Probablemente no hay otro objeto psicológico que se puede remontar tan lejos sin siquiera un cambio en su nombre. Platón y Aristóteles se embarcaron en especulaciones sobre la memoria que atrajeron comentarios y discusiones hasta el presente. Los antiguos escritores romanos abordaron el tema de la memoria como parte de su discurso sobre retórica, un tópico que tomaron muy seriamente. Las autoridades monásticas de la Edad Media agregaron su propia interpretación sobre la naturaleza y los usos de la memoria. Durante el Renacimiento se produjo una explosión de escritos dedicados a la memoria y con el paso de los siglos también hubo especulaciones sobre una base física para la memoria. Finalmente, en el siglo XIX, la memoria surge como un objeto de investigación para la ciencia moderna, sobre todo para la ciencia psicológica y médica. Obviamente hay mucha discontinuidad aquí pero también, al parecer, un hilo de continuidad, aunque no sea fácil decir en qué consiste, más allá de un mero nombre.

Sobre este libro

Cualquier historia que se concentra en el cambio conceptual se enfrenta a peculiares problemas en la cronología. Una historia general exhaustiva de un período particular, puede simplemente relatar lo que sucedió entonces y lo que sucedió después en un orden cronológico relativamente libre de problemas. Sin embargo, una historia del cambio conceptual tiene que hacer frente a la arbitrariedad de su selección de material relevante y, por lo tanto, al carácter dudoso de cualquier cronología que construya. Estas cronologías deben su existencia a las perspectivas ofrecidas por límites, categorizaciones, creencias, etc., posteriores y más contemporáneos. El hecho de que ahora somos capaces de construir una cronología, que va de períodos más tempranos a otros posteriores, no significa que hubo algo predestinado o necesario en esta secuencia histórica³¹. En cada momento, un cambio en las contingencias históricas pudo haber conducido a un resultado diferente. Aunque los períodos posteriores nunca resultan totalmente desafectados por lo sucedido anteriormente, hay al menos tanto un rechazo deliberado del pasado como, algo a menudo inadvertido, una influencia continuada de los viejos conceptos. En cualquier caso, la asimilación del pasado siempre fue selectiva, algunas cosas viejas demostraron ser más duraderas que otras.

A pesar de que un elemento cronológico, la sucesión aproximada de un antes y un después, puede ser inevitable en una exposición supuestamente histórica, la historia de la "memoria" no constituye una progresión lineal, y sería muy engañoso presentarla como tal. La razón principal de esto es que las referencias históricas a la memoria se producen en una amplia variedad de contextos teóricos y prácticos, y, dependiendo del contexto, aspectos bastante diferentes de la memoria se tratan en cada caso. No hay ningún objeto *único* de referencia hacia el que todas las discusiones converjan. El tema de este libro está compuesto por un amplio ensamble de problemas, prácticas y supuestos, cada uno de los cuales se puede decir que tienen su propia historia. Estas no serán las historias de los historiadores, que apuntan a una contextualización completa de los eventos, pero conservarán dos de los grandes valores de la aproximación histórica: la explicación de la “otredad” del pasado y la demostración de la inestabilidad de las construcciones humanas.

³⁰ W. W. Rozeboom, “The concept of ‘memory’”, *Psychological Record* 15 (1965), 329-68.

³¹ M. Foucault, “Nietzsche, genealogy, history”, in D. F. Bouchard (ed.), *Language, counter-memory, practice: selected essays and interviews by Michel Foucault* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1977), pp. 139-64 [Foucault, M. (1998). Nietzsche, la genealogía, la historia. *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta].

En la estructura de este libro, los temas tienen prioridad sobre la cronología. Los capítulos están organizados por tema, pero dentro de cada capítulo por lo general hay una disposición vagamente cronológica, de tal manera que el orden en que los temas se discuten sigue la secuencia de su preeminencia histórica. (La excepción es el último capítulo, en el que el orden cronológico sólo aparece dentro de cada sub-sección). Esa disposición refleja la realidad de los diferentes temas prominentes en diferentes momentos, así como la sucesión histórica de sus autores. Los capítulos 2 y 3 están dedicados en gran parte a material histórico más temprano, el capítulo 4 es un capítulo de transición, mientras que los capítulos 5, 7 y 8 se refieren en gran parte a desarrollos del siglo XX. Los capítulos restantes (6 y 9) abarcan diversos períodos.

En cierto sentido, cada capítulo de este libro se ocupa de una historia diferente, y estas historias no forman ningún tipo de secuencia narrativa. Cada capítulo tiene una línea de tiempo propia, en función de la trayectoria histórica del tema en discusión. Por ejemplo, las metáforas de la memoria, que se analizan en el próximo capítulo, tienen una historia que se extiende a lo largo de milenios, mientras que la psicología experimental de la memoria, tratada en el capítulo 5, apenas se remonta a más de un siglo. Sin embargo, las metáforas siguen siendo relevantes durante este último período. Así que el lector debe estar preparado para una gran cantidad de retrocesos y cruces cronológicos.

Cuando un tema está relacionado con un área activa de la investigación contemporánea, se mantiene abierto y se impone un límite arbitrario sobre su discusión en un contexto histórico. ¿Dónde termina exactamente el pasado y comienza el presente? Con sólo formularla, la pregunta revela su estupidez. Pasado y presente son distinciones impuestas en un proceso continuo en aras de la conveniencia discursiva. Sin embargo, la distinción entre períodos relativamente cercanos al momento presente y períodos más lejanos tienen una base real, y una explicación respecto de la relación entre uno y otro precisa una decisión acerca de cuándo poner un final. Cuanto más uno se acerca al presente inmediato más difícil se hace para mantener el tipo de perspectiva que un relato esencialmente histórico demanda. En este libro utilicé dos reglas de detención [stopping rules], cuando era apropiado. La primera regla es completamente arbitraria: se aplica a finales del siglo XX. Pero esto no significa que el final llega precisamente en el año 2000. Significa que estoy dispuesto a considerar cualquier cosa escrita hasta la última década del siglo como parte del tema de este libro. Si de hecho es incluido depende de mi segunda regla de detención, que prescribe una creciente selectividad en la elección de material a medida que el relato histórico se acerca a la actualidad. Esto no es sólo un asunto de necesidad práctica frente a una acumulación increíblemente grande de material potencialmente relevante, también es requerido por la necesidad de mantener el foco de este libro sobre el cambio *conceptual*.

Hago hincapié en este enfoque porque quiero evitar crear falsas expectativas. Como ya indiqué, por cambio conceptual entiendo el cambio en los presupuestos, las metáforas ocultas, los valores, las prácticas irreflexivas, las creencias implícitas que determinan la forma de los modelos teóricos explícitos y la interpretación de las observaciones empíricas. En el caso de la memoria, la historia de este tipo de cambio se extiende mucho más atrás que la historia de la investigación empírica en su forma moderna. Las cuestiones empíricas tienen una historia, pero es una historia relativamente superficial, que rara vez se remonta más allá de unas pocas décadas. Uno encuentra este tipo de historia en la literatura científica dedicada a la evaluación de hipótesis específicas a la luz de nuevos datos empíricos. Ellas sirven a un propósito muy útil, que es muy diferente de los objetivos del presente estudio³². Gran parte de la literatura empírica no tiene relación con el tema del cambio conceptual, porque se refiere a proyectos llevados a cabo dentro de un marco conceptual *implícito*. Esa sigue siendo la manera más

³² Ideas seminales sobre el aspecto histórico de las revistas de literatura científica son presentados en G. Markus, "Why is there no hermeneutics of natural sciences? Some preliminary theses", *Science in Context* 1 (1987), 5-51.

eficaz de seguir adelante con la investigación cotidiana. Sin embargo, los datos empíricos y las hipótesis específicas propuestas para explicarlos entrarán en el relato actual sólo en la medida en que reflejen la plausibilidad de una conceptualización subyacente.

Mi tarea hubiera sido mucho más fácil si hubiera adoptado una fecha de corte mucho más remota para este estudio. Si hubiera terminado un siglo o incluso medio siglo antes hubiera sido capaz de presentar un relato estrictamente histórico que se mantuviera alejado de los problemas psicológicos contemporáneos. Pero eso habría conservado la tradicional brecha entre el pasado y el presente, encarnada en los relatos segregados de dos disciplinas mutuamente separadas, la historia y la psicología. Hay buenas razones para que existe esta segregación, pero el espacio intermedio no debe dejarse siempre vacío: trazar puentes tiene beneficios potenciales, como he sugerido. También hay problemas. En particular, traer el pasado reciente a un relato histórico da lugar a problemas de distanciamiento. Evidentemente, es difícil escapar de una perspectiva miope sobre desarrollos que todavía están tomando forma delante de nuestros ojos, aun cuando no se participe directamente en estos desarrollos.

Sin embargo, mi principal interés, radica en los vínculos, las continuidades y discontinuidades, entre el presente cercano y el pasado. Esto implica una visión del pasado reciente un tanto diferente a la de muchos profesionales de las ciencias de la memoria, que están justificadamente orgullosos de logros técnicos reales y de interesantes hallazgos empíricos. Dado que este libro se centra en otra serie de cuestiones, habrá poca información sobre estos temas y una mayor preocupación por las contribuciones olvidadas, los comienzos anticipados, las voces disonantes, los supuestos ocultos que alguna vez fueron explícitos y las vastas implicaciones sociales que a menudo son problemáticas. Hay aspectos del pasado que son de interés puramente anticuario pero hay otros aspectos que siguen siendo relevantes, quizás porque ofrecen ciertos paralelismos con el presente, tal vez porque simplemente muestran que las modos actualmente populares de conceptualizar la memoria en la actualidad no son los únicos imaginables o, más comúnmente, debido a que aún están activos bajo la superficie.

Un claro ejemplo de este último caso es proporcionado por el despliegue de la metáfora para explicar la naturaleza de la memoria. En particular, un conjunto de metáforas que representan la memoria como una especie de *recipiente* de almacenamiento y a los recuerdos como la experiencia almacenada, sigue vivo hoy en día, aunque sus orígenes se remontan a más de dos milenios. Estos orígenes se exploran en el capítulo 2, donde el famoso modelo de Platón de la tablilla de cera de la memoria se convierte en el punto de apoyo para una discusión sobre la relación entre las metáforas duraderas de la memoria y las prácticas inscriptivas [inscriptive practices] que son una parte esencial de la alfabetización. Esto lleva a una exploración más general de cómo las actividades empleadas al servicio de la memoria externa a menudo se convierten en la fuente preferida de modelos para explicar el funcionamiento de la memoria interna.

El discurso teórico sobre la naturaleza de la memoria constituye sólo la mitad de la herencia histórica relevante del período pre-moderno. La otra mitad, quizás más importante, consiste en el discurso orientado hacia la práctica del “arte de la memoria”, explorado en el capítulo 3. Ya los intereses de los autores de los primeros textos que abordan el tema de la memoria no eran puramente teóricos, sino que expresaban también su interés por prácticas que podrían hacer que la memoria funcione mejor. Inevitablemente, había un vínculo entre las preocupaciones teóricas y prácticas, y tanto en el período romano como en la Edad Media este vínculo fue muy estrecho. Esto refleja los vínculos entre los avances en la tecnología de la memoria externa y las adaptaciones de la memoria interna que pueden ser claramente observadas durante este periodo. El florecimiento y el eventual declive del sistema mnemotécnico de la “memoria local” son de especial interés aquí.

Profundos cambios históricos separan el interés clásico y medieval sobre el tema de la memoria de la búsqueda activa de los estudios de la memoria en el siglo XX, y el capítulo 4

está dedicado a los aspectos más relevantes de esta transformación. Comienza con el tema de la imaginaria, que perdió gran parte de su antigua importancia en este período, y a continuación se consideran algunos hitos históricos de la creciente "privatización" de la memoria. Las últimas secciones del capítulo tratan el creciente papel de la ciencia y la medicina en las conceptualizaciones decimonónicas de la memoria y también algunas de las consecuencias de ese desarrollo. A lo largo del período cubierto por este capítulo hay una tendencia a hacer de la memoria el objeto de formas especiales de conocimiento que eran absolutamente incompatibles entre sí. Los cambios en los conceptos de la memoria dependen en gran medida de la emergencia, de la elaboración y del desplazamiento histórico de estas formas divergentes de conocer la memoria.

Desde la antigüedad, la experiencia del recuerdo consciente fue parte del significado esencial del término "memoria". Sin embargo, en el siglo XIX, la elaboración de las analogías entre los fenómenos biológicos y psicológicos se convirtió en un pasatiempo intelectual popular que transformó el significado de un buen número de conceptos psicológicos, como "inteligencia", "aprendizaje" y "memoria". El término "memoria" se extendió para cubrir prácticamente cualquier cambio en la función fisiológica como resultado del ejercicio, sin ningún vínculo necesario con el recuerdo consciente. La memoria en el sentido tradicional, psicológico, se convirtió simplemente en una manifestación especial de un proceso biológico más fundamental.

El capítulo 5 se refiere a un tema que nos lleva hasta bien entrado el siglo XX: el surgimiento y la posterior historia de la memoria como objeto de investigación de la psicología experimental. En comparación con las prácticas mnemotécnicas tradicionales, esto implicó cambiar los métodos de intervención que buscan perfeccionar la memoria por aquellos métodos que buscan perfeccionar el conocimiento sobre la memoria. Sin embargo, la elaboración de adecuadas técnicas experimentales requirió mucho trabajo teórico sobre el concepto de memoria, y el capítulo describe este trabajo a través de algunas de sus etapas históricamente más interesantes. Dos preguntas interrelacionadas recorren este capítulo: ¿cómo equilibrar los aspectos reproductivos y reconstructivos de la memoria, y qué herramientas de investigación serían las más apropiadas para una ciencia empírica de la memoria?

El campo cubierto por el término "memoria" ha variado históricamente, así como su significado esencial. A veces fue considerado un proceso esencialmente intelectual, en otros momentos como algo más automático o como algo más afectivo. Desde el comienzo del discurso constatado sobre el tema hubo un reconocimiento de que los fenómenos de la memoria no eran unitarios, que había que reconocer diferentes formas de memoria. Estos intentos de distinguir entre diferentes tipos de memoria se discuten en el capítulo 6. Platón había notado una profunda diferencia entre recordar [remembering] y recordar [reminding], así como daba especial importancia a una forma de memoria a la que se refería como *anamnesis*. Aristóteles distinguía entre memoria y recuerdo, y los escolásticos desarrollaron una arquitectura completa de las facultades de la memoria. En tiempos más recientes, los filósofos, empezando por Henri Bergson, dirigieron su atención a los tipos de memoria, y los psicólogos siguiendo el ejemplo, distinguieron entre, por ejemplo, la memoria a corto plazo y largo plazo, o la memoria episódica y semántica. Ni la base empírica ni la base conceptual de estas distinciones pueden, sin embargo, ser consideradas sólidas, y esto plantea la cuestión más general de si alguna de estas distinciones puede pretender ser otra cosa más que una construcción artificial.

En el séptimo capítulo, considero la controvertida relación entre memoria y verdad, un tema que adquirió nuevas connotaciones políticas en los últimos tiempos. Una perspectiva histórica de esta relación requiere cierta comprensión de los antecedentes de la clara distinción entre la memoria y la imaginación que caracterizó a algunas posiciones del siglo XX. Otro aspecto se refiere a la génesis de la versión moderna de la "verdad oculta", y esto se

trata en una sección dedicada al psicoanálisis. Me ocupo entonces del hilo histórico que vincula la noción de "memoria traumática" de finales del siglo XIX, discutida por primera vez en el capítulo 4, con su politización en el siglo XX.

Implícita o explícitamente, la memoria siempre tuvo asignado un lugar en el esquema de las cosas. Una forma de hacerlo consiste en localizar la memoria en el mundo físico. Esto forma el objeto del capítulo 8. Incluso en los tiempos premodernos se especuló acerca de lo que a veces se denomina la "sede" de la memoria: si estaba en el corazón, en el cerebro, en los nervios o en partes específicas del cerebro. A su debido tiempo, este discurso de localización se entrelazó con el discurso sobre los tipos de memoria discutidos en el capítulo 6 y varias formas de frenología fueron el resultado. A partir del siglo XIX, el desarrollo tecnológico produjo una sucesión de nuevos giros en el persistente intento de localizar aspectos de la memoria en lugares específicos. Sin embargo, algunos problemas conceptuales inherentes al proyecto de localización espacial resistieron a la solución a través del progreso tecnológico. En este capítulo los problemas de escribir una historia que se extiende prácticamente hasta la actualidad se intensifican. Por tanto, me limité a cuestiones en las que la continuidad entre el pasado y el presente es evidente y dejé de lado otros desarrollos donde cualquier intento de una valoración histórica sería prematuro.

Más allá de la localización de la memoria en un sentido físico, está la cuestión de ubicarla en relación con otros conceptos que se refieren a competencias o funciones de la psique. Las concepciones de la memoria dependieron siempre del lugar asignado a la memoria en una red de otros conceptos más o menos psicológicos y biológicos. En el capítulo 9 se describen algunas de las redes más importantes históricamente, comenzando con la noción aristotélica de sentido interno de la cual la memoria es una parte. A una sección sobre la psicología de las facultades le sigue una discusión de algunas concepciones del siglo XIX y XX sobre la relación entre la memoria y categorías psicológicas más modernas, en especial las de percepción y personalidad. Una constante histórica ha sido los límites borrosos que separan las distintas categorías psicológicas, un fenómeno que está muy bien ilustrado por antiguas controversias acerca de si el diagnóstico médico depende de la "memoria" o la "razón".

Finalmente, está la cuestión de si la memoria debe ser considerada como algo que está esencialmente *adentro* del individuo o si está tanto dentro como afuera. Al principio, las hazañas de la memoria fueron atribuidos a una influencia que estaba definitivamente fuera de lo humano individual, la diosa Mnemósine. Colocar la memoria de forma inequívoca en el interior del individuo constituyó un gran cambio. También está la cuestión de si la memoria debe estar ubicada en el espacio físico o si su lugar está en otra parte, tal vez en un orden moral o simbólico. Más recientemente, alternativas a la localización física y a la ubicación intra-individual de la memoria se han multiplicado junto con el floreciente programa de investigación de la localización neuronal. Estos asuntos se discuten en la sección final del capítulo 9.

Los temas tratados en estos capítulos constituyen claramente una selección de los muchos temas que podrían ser considerados relevantes para una historia de la memoria. El campo, si se lo puede describir como tal, se extiende a varias disciplinas y requeriría una biblioteca de libros para hacerle justicia. Un autor que ha estudiado el tema lo describe como "el interés interdisciplinario por excelencia"³³. Un historiador de la cultura abordaría el tema de una manera diferente, un historiador de la ciencia de otra manera, y es fácil imaginar otras posibles perspectivas, como el de la historia de la psiquiatría, la antropología cultural, la historia de la filosofía y así sucesivamente. No existe una lista definitiva de temas que merecen ser incluidos en cualquier historia de los conceptos de memoria. Ni toda una vida alcanzaría para hacer justicia a semejante empresa. Por lo tanto no se trata de escribir *la*

³³ P. H. Hutton, *History as an art of memory* (Hanover, VT: University Press of New England, 1993), p. XIII.

historia del discurso de la memoria, aunque es posible construir historias sobre temas particulares.

La selección de temas de este libro se basa en el objetivo, ya mencionada, de interrogar a la base conceptual de los enfoques psicológicos contemporáneos a la luz del discurso histórico sobre la memoria. Mi objetivo implica un enfoque sobre cuestiones de la memoria en los individuos, no sobre cuestiones de la memoria colectiva. Tal distinción no es aporreada, como se pone de manifiesto en la última sección del libro, pero no está basada simplemente en las actuales fronteras disciplinarias. Hay una larga historia de la especulación sobre la memoria como un atributo individual, y esto forma un archivo con límites razonablemente distintos.

Al no ser un historiador profesional, no busco ampliar este archivo sino simplemente emplear algunas de sus partes como recurso en la exploración de continuidades y discontinuidades en varias conceptualizaciones de la memoria, incluyendo los más recientes. La especialización disciplinaria y el aislamiento resultaron en una situación donde la información pertinente a la conceptualización histórica de la memoria se dispersa a través de la literatura de varias disciplinas y subdisciplinas. Mi objetivo aquí es reunir por lo menos parte de esta información en una forma coherente a fin de permitir emerger conexiones que de otro modo se perderían.

Ninguno de nosotros puede escapar a la influencia de su tiempo. Esta influencia es dominante, de manera que el pasado que forma el propio marco es sólo la interpretación actual del pasado. Sin embargo, es probable que la apertura de ventanas al pasado traiga ventajas cuando se compara con una vida detrás de persianas, incluso si la vista externa es algo limitada y distorsionada. Sin duda tengo prejuicios, y se pondrán de manifiesto en el curso de mi exposición. Soy escéptico de las reivindicaciones de que estos sesgos se pueden evitar: los sesgos peligrosos son los inconscientes, y sólo puedo esperar que no resulten abrumadores.

Entre las limitaciones de las que tengo conocimiento, las más graves pertenecen a la naturaleza eurocéntrica u “occidental” del dominio cubierto en este libro. Mi propia experiencia de trabajo durante muchos años en Asia y en África me hace muy consciente de este hecho inquietante. Por desgracia, no tengo los recursos para hacer algo significativo al respecto. En lugar de rociar mi trabajo con extrañas referencias a la información de fuentes no occidentales en una pretensión de generalidad entre las culturas, decidí trazar aquí una línea divisoria nítida y dejar el cruce de esa frontera a los que están mucho mejor calificados que yo para hacerlo. Espero que cuando suceda sea necesario introducir importantes cambios en muchas de mis hipótesis e interpretaciones. El tema de la memoria ha sido importante para muchas tradiciones culturales diferentes, por lo que existe la posibilidad de estudios comparativos, pero esto requerirá colaboración académica tanto internacional y como transdisciplinaria. Mientras tanto, parece preferible evitar “gestos meramente simbólicos de incorporación”³⁴.

³⁴ R. Smith, “The big picture: Writing psychology into the history of the human sciences”, *Journal of the History of the Behavioral Sciences* 34 (1998), 1-13. Véase también L. E. Sullivan, “Memory distortion and amnesia: A view from the human sciences”, in D. L. Schacter (ed.) *Memory distortion: How minds, brains and societies reconstruct the past* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1995), pp. 386-400.